

MESA DE EXPERTOS: UNIDAD DE VIDA: MUNDO EXTERIOR

SANTA TERESA, GRAN COMUNICADORA: SUS CARTAS

Asunción Aguirrezábal de Antoñanzas

Experta en Santa Teresa de Jesús

Señoras y señores:

A este congreso interuniversitario de Ávila traigo un hatillo de cartas de santa Teresa que, gracias al cariño con que sus destinatarios las guardaron, hoy podemos disfrutar de ellas.

Es la correspondencia que envió en los últimos veinte años de su vida, la mayor parte desde Toledo, siendo su etapa mística y fundacional por excelencia.

Los nuevos métodos de comunicación que nos aporta la era actual: móvil, WhatsApp, mail y demás formas cómodas y útiles pero, por lo mismo, volanderas y sin peso, nos hacen apreciar con cierta nostalgia la escritura manuscrita con que Santa Teresa mueve su pluma y nos deja su profundo sentir.

Santa Teresa tanto más que escritora es una gran comunicadora. Usa un doble sistema para comunicarse: sus libros y sus cartas.

En los libros entrega al lector su sentido de Dios, la experiencia de su oración.

En sus cartas comparte con el interlocutor su vida: aconseja, psicoanaliza, bromea, riñe con cariño, consuela, receta pócimas y remedios y da a conocer las novedades llegadas a sus conventos desde las Indias.

Su celda la convierte en una moderna “miniagencia” de comunicación. Una mujer enclaustrada recibe y envía mensajes a las dieciséis prioras de sus conventos, al Papa, al rey Felipe II, a América, a Portugal, a Roma, etc., y se comunica con todo el estamento de su época y con todas las clases sociales.

En un mismo día escribe al Rey, al general de su Orden, a una marquesa felicitándola por su enlace matrimonial, al tiempo que riñe duramente a una priora por

una determinación que tomó imprudentemente. Esta carta será conocida como la **“Carta Terrible”**.

En sus cartas nunca pierde la gracia chispeante propia de su temperamento. Con sus monjas y amigos cercanos, es efusiva y tierna, discreta y protocolaria con los grandes personajes. Reprende las faltas aunque sea a sus más queridos hijos, sin compasión ni miramientos.

La propia santa madre nos dice que con las que bien quería era intolerable y que mientras más amaba a las personas menos podía sufrir sus faltas. Sus hijas no se resentían por ello, más bien lo agradecen como demuestran la devoción con que guardaban estas cartas.

En sus cartas se transparenta un inimitable gracejo e ironía. Se vuelve grave cuando habla de asuntos serios a personas de dignidad. Es concreta y enérgica cuando defiende su Reforma. Es discreta y hasta cortesana cuando escribe a personajes de gran linaje que la ayudan en sus negocios. Humilde cuando acata las órdenes de sus superiores. Íntima, **“engolosinadora”** y hasta a veces algo irónica cuando escribe a sus hijas y a personas de gran confianza. Cariñosa cuando consuela de tantos trabajos como tuvieron que padecer en los conventos que va fundando.

La fuerza con que se enfrenta a sus detractores, cuando ha agotado las formas suaves, sale del fondo de su alma cuando defiende con fiereza a sus hijos, especialmente cuando son calumniados o difamados y sus enemigos intentan hacer naufragar la barquilla de su reforma.

Hay noches que escribe de prisa media docena de cartas, porque a la puerta del convento espera impaciente el cartero o el arriero de turno. Si el tema de la carta es importante y delicado, lo enviará con un propio, aunque le cueste muchos dineros.

De sus años en el Monasterio de la Encarnación sólo poseemos un billete enviado el 13 de agosto al guardián de la finca familiar de Gotarrendura, pidiendo unos palominos probablemente para celebrar la fiesta de la Asunción con sus hermanas monjas.

Su primera carta la escribe en la navidad de 1561, contando a su hermano Lorenzo, que residía en las Indias con los virreyes, su próximo proyecto de fundar un nuevo Carmelo. Esta carta la escribe el 23 de diciembre y en ella menciona a cuatro

mercaderes que traen el dinero de D. Lorenzo, doscientos ducados llegados providencialmente para su primera fundación de Ávila.

Para el lector de hoy es enormemente interesante que en este correo de hace cuatrocientos años se transparente el alma de su autora, su forma sencilla de escribir, junto a sus altos ideales y su sentido de Dios.

Como ejemplo de sus cartas vamos a leer alguna de distinta índole. Escribe una priora a la Santa quejándose de que tenía una novicia demasiado lectora a la que la Santa contesta que más quiere «monjas leídas que tontas». Su querido Padre Gracián recibió innumerables cartas de la Santa. Teresa tan amante de los niños en muchas de sus misivas nombra a las tres niñas que tenía en diversas casas de su reforma: Teresa de Jesús, su sobrinita; Isabel de Jesús, hermana del P. Gracián y Casilda de la Concepción Padilla a las que llama siempre con nombres muy cariñosos: mi Teresica, la mi Bela, la mi Casilda y de todas ellas, mis angelitos. En muchas cartas dice de ellas que estaban «gorditas y monísimas, que crecían mucho y que se hallaban contentas como sonajeros de Pascua». Escribe lo que le cuesta que su sobrinita al reírse ponga la boca de forma correcta y ella insiste en que la tiene “frigidísima”.

Como podemos apreciar narra escenas muy chistosas, valga como ejemplo lo ocurrido en aquel trágico regreso de Sevilla a Toledo, a principios de junio de 1576, castigada por el Padre General a parar de fundar y a encerrarse en uno de sus conventos. Camino de Toledo, su destino, le acompañan su hermano Lorenzo, su sobrina Teresita y un buen amigo de Malagón. Desde el camino escribe al P. Gracián en momentos tan tristes y preocupantes.

Oh mi padre, qué desastre me aconteció estando en una parva (que no pensamos teníamos poco) cabe (cerca) una venta que no se podía estar en ella, entrásem una gran salamanquesa u lagartija entre la túnica y la carne en el brazo y fue misericordia de Dios no ser en otra parte, que creo me hubiera muerto según lo que sentí; aunque presto la asió mi hermano y la arrojó y dio con ella a Antonio Ruiz en la boca, que nos ha hecho harto bien en el camino.

Esta acción debió ser muy celebrada y reída por la caravana cuando con tanto interés se lo cuenta al P. Jerónimo Gracián.

En casi todas sus cartas se interesa por la salud de sus destinatarios: «siempre me avise de su salud» (Carta a Tomasina Bautista el 3 de agosto de 1582).

También le gusta informar de la suya. A su hermana doña Juana escribe desde Ávila: «antes de Navidad me dieron unas calenturas y estuve de mal de garganta, sangrada dos veces y purgada». A Dios trata como el Señor de la salud y de la enfermedad.

A María de San José, monja inteligente y buena, que conoció a la Santa en el Palacio de doña Luisa de la Cerda en Toledo y profesó a los 23 años, le deja de priora en el Carmelo de Sevilla.

La correspondencia entre madre e hija es la más fluida después de la del P. Gracián. Siete años de cartero, con cartas frecuentes, larguísimas.

Ocurriósele a la priora querida María de San José mandar unos cocos a la Santa cuando se hallaba en Toledo y con la inocencia y alegría de una niña, lo celebra con gran regocijo e incluso invita a la apertura del precioso fruto al padre Gracián que a la sazón se encontraba en Toledo. La madre y las monjas no habían visto nunca cocos y gozaron mucho y pasaron un día divertidísimo.

La idea de editar un epistolario teresiano al público tuvo muchas dificultades y problemas. El primero que quiso intentarlo fue su querido P. Gracián. Una pequeña semblanza de este carmelita es indispensable para la lectura de estas cartas. Nacido en Valladolid, es hijo de uno de los secretarios del Emperador y de doña Juana Dantisco, hija del embajador polaco. Tiene varias hermanas carmelitas. Fue un brillante universitario en Alcalá, se ordena sacerdote, toma el hábito de carmelita y ocupa grandes responsabilidades en la Reforma.

El mayor número de cartas que escribirá la Santa son para el P. Gracián que escribe: «Guardé muchas, tengo de ellas un libro de tres dedos de alto».

Teresa y el P. Gracián se conocen en Beas. Él tiene treinta años y ella sesenta, y trece de fundadora. Abre su alma al joven carmelita, le pone al frente de su Reforma y hace voto de obedecerle en todo.

En momentos donde su orden está siendo perseguida, el cartero que usan es cifrado y cubre a los personajes más destacados con seudónimos:

Teresa será Ángela y Laurencia; Gracián será Pablo, Eliseo y Joanes; Juan de la Cruz será Séneca y Jesucristo será Joseph.

De sus cuatro cartas al Rey Felipe II, sólo en la primera adopta un tono formal. En las otras refleja su franqueza y dice al Rey todo lo que piensa.

Si la primera carta de juventud fue para su hermano en las Indias, la última fue la que dirige a la Madre Catalina de Cristo, priora en Soria. Escribe “de camino”. Será la última palabra de andariego:

«Ya estamos en Medina y no puedo decir más». Solo pone de su mano un saludo final y la firma.

El padre Gracián, por los trágicos sucesos en que quedó envuelta su persona, renunció a realizar la edición teresiana. En 1658 el famoso virrey y arzobispo Juan de Palafox realiza la edición de las cartas.

Antes de dos años las cartas se editarán en francés, italiano y castellano.

Se estima que el número de cartas llegó a quince mil cartas, de las que sólo se conservan medio millar.

Para este año del V centenario de su nacimiento, el P. Tomás Álvarez busca por el mundo más cartas de la Santa, descubriéndolas entre Europa y América, y añadiéndolas a las ya catalogadas.

Muchas gracias.